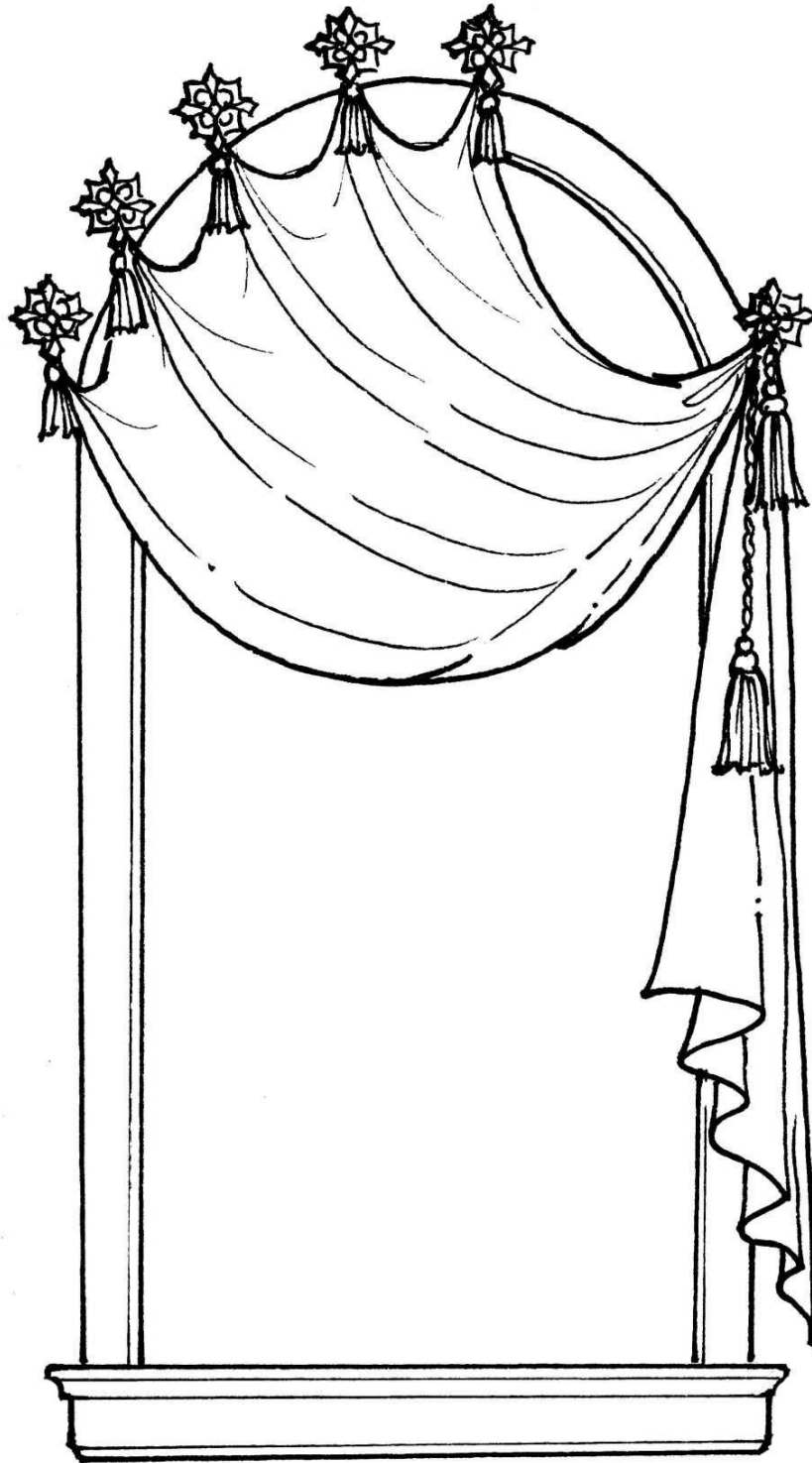


LOS AMANTES

Jorge Medina



Capítulo 1

Se escucha el rumor de los árboles que vaivenean sobre el andén. Se escuchan fuertes, aunque la gran ventana está cerrada; afuera los niños corren filtrados por la luz vinotinto de la cortina tendida contra el cristal. La mujer está recostada sobre la cama, la cabeza cerca del hombre sentado en el butaco; lanza una mirada escurridiza a toda la habitación mientras se toca las piernas desnudas resbalando las manos húmedas y desgastadas.

—A esta habitación no le falta más que el tocador para parecerse a la mía —dice, volviendo la vista hacia la calle; abre un poco las piernas, separadas por la sonrisa vertical del pubis.

Los niños gritan, felices.

—Hay mucho ruido afuera —dice el hombre.

—Lo sé.

El hombre tiene la mesa a su espalda. La caja de cigarros sobre la mesa, junto al encendedor y el cenicero. La mano sobre el cigarrillo.

—Deberías dejarlo.

—Me ahogo menos.

—Aún no entiendo por qué empezaste —inclina la cabeza hacia atrás para verlo—: de verdad no le encuentro la gracia.

—Te lo he dicho. Doce años. Me aburro en casa. Prendo el cigarrillo que dejó Gonzalo, primo, y descubro que me entretengo con el humo, que primero lo veo curioso y luego estoy pensando en lo que veo, en lo que hago. Pienso y ya no hay aburrimiento.

—No es saludable.

—Aburrirse no es saludable. Aunque confieso que no fue exactamente como lo digo. Me ahogué y tosí un buen rato. Corrí desesperado a la cocina, por agua. Lagrimeaba como un recién nacido y me reí como un viejo loco.

La mujer vuelve la mirada hacia la calle.

Las niñas corren, felices.

El hombre suelta el cigarrillo en el cenicero. Toma la cabeza de la mujer hundiendo los dedos entre el cabello, ella baja los párpados. Él se extiende hasta que las manos aprietan los senos y se acercan al ombligo. Ella se gira. El miembro se va levantando como una marioneta. Lo toca con la lengua desde la raíz a la punta, muerde con los labios la carne rosa y manchada. El butaco es viejo y cojea, el hombre se apoya en el colchón para no caer. La mujer se levanta, diciendo:

—Puedo traer el mío. Sentada desde mi cama puedo verme en el espejo del tocador.

—No es necesario —responde el hombre, llevándose el cigarrillo a la boca. Se sienta de nuevo. La mujer se sienta sobre sus piernas dobladas, en el centro de la cama.

—Pero no me molesta, Rodrigo, yo puedo traerlo; en casa no me hace falta. Ya te dije...

—Sé que no te molesta, Lucía, serías capaz de traerlo todo.

—¿Y eso a vos te molesta?

—¿Qué va a pensar tu marido?

—Nada, es un estúpido.

—Todo eso me parece muy raro —se levanta, camina por la pieza con el cigarrillo humeando entre los dedos de la mano derecha. Es un hombre delgado, de músculos levemente marcados, moreno.

—¿Raro?

—Por supuesto, ¿qué pensaría si mi mujer se levanta un día del tocador llevándose el butaco?

—Que lo necesita cualquier amiga.

—Los hombres dudamos, yo ya habría dudado de tus salidas, todas las tardes, bien vestida, olorosa a frutas.

—Me parece que sacas excusas.

El hombre camina rápidamente hacia la ventana, le da un manotazo y grita:

—¡No más, no más ruido afuera!

—Ven acá, siéntate —le señala el borde de la cama, acercándose a él.

Dispara lo que queda del cigarro contra el suelo. Se deja acariciar la espalda como un niño regañado. Ella lo rodea con los brazos, le muerde la oreja izquierda, le dice:

—No hay problema —se hace a un lado para buscarle la mirada, la consigue.

—No hay problema porque él ya lo sabe.

—¿Cómo?

—Sí, es evidente; no hay necesidad de manifestarlo. Sabe para dónde voy, pero no te conoce. Sabe qué hago, pero no dónde. Sabe que no me visto para él, que no huelo a frutas por él, todo lo sabe. Tienes razón: es extraño que no lo diga, pero deja de serlo si lo sabe y se abstiene de comentarlo por otra razón.

—¿Por qué un hombre daría esta libertad a su mujer? ¿Por qué herirse así?

—No hay herida. Se trata de una liberación, de una cura de la pena; ya no tiene que preocuparse por mantener vivo el deseo que ya está muerto. Se quita esa responsabilidad de encima aceptando que ya tengo a quien desear y quien me desee.

—Entonces, ¿por qué está con vos?

—¿Crees que hay muchos hombres como tú interesados en mujeres como yo?

—No tienes nada de malo.

—Estas raíces blancas, estos senos descolgados, ni siquiera me atrevo a preguntarte por qué te gusto.

—Pero no entiendo qué tiene que ver tu aspecto con todo esto.

—Que él no está mejor que yo.

—También hay mujeres...

—No, él no sería capaz; lo sé. Y él sabe que yo sí. La soledad es difícil, Rodrigo.

—Lo sé.

Ella se acerca, le acaricia la cabeza:

—¿Lo sabes, Rodrigo?

—Por supuesto.

—Podríamos arreglarlo.

Él se levanta, camina despacio, mirando el suelo. Se dirige hacia la pared del fondo.

—No podemos arreglarlo.

La mira, repite:

—No podemos hacerlo.

—No entiendo. Claro que podemos estar juntos.

—Ahora no, ya no.

—¿Cómo que ahora no?

—No es lo mismo. Ese hombre lo sabe. No reclama porque pretende dejar quieto este cuadro torcido, sabe que si intenta enderezarlo podría descolgarse. Ahora no estoy cómodo.

—¿Estabas cómodo antes? Siempre ha sido un engaño, ino cambia nada!

—Es muy simple, es un hombre asustado y soy yo el que lo asusta. No estoy cómodo, es todo.

Afuera se mecen los árboles sobre los gritos felices de los niños.

Adentro se oyen fuertes, aunque la gran ventana está cerrada.